

Autor: Fernando Martínez López. Almería

La mirada del lobo

No es fácil ser la esposa de un guardia civil cuando se vive en territorio adverso, en un lugar donde debes caminar con ojos cosidos a la espalda y los labios discretos. No es fácil ser la esposa de un guardia civil en el País Vasco, en un pequeño pueblo donde te delata el acento y las miradas se vuelven dardos, donde la casa cuartel, a las afueras, finalmente se convierte en un gueto, una isla de la que cada vez cuesta más esfuerzo salir, y las horas se hacen eternas y la aprensión lija las neuronas, con el miedo cierto de si ese día no será tu marido a quien le toque la siniestra carta de la muerte extraída de una baraja del tarot mientras patrulla por la zona o permanece en su puesto de guardia, y así una jornada tras otra, con el temor goteando con lentitud incansable de clepsidra hasta que conforma una estalactita larga y afilada que se te clava en lo más hondo, y te deprimas, y suspiras intranquila cuando él está de servicio suplicando para que ningún compañero llame a la puerta de casa con gesto compungido para anunciarte la tragedia.

Elvira Torices era esposa de un guardia civil, y el día que Antonio le anunció que le habían destinado al mismo pueblo de Guipúzcoa donde su padre lo estuvo veinte años atrás, torció el gesto, se llevó las manos a la frente y cabeceó con los ojos enrojecidos.

-No estaremos tan mal, Elvira, cariño, ya lo verás. Es un pueblo muy bonito, te gustará. Pasé allí dos años cuando era un chaval.

-¿Y no había otro sitio, otra posibilidad?

-Es lo que hay, no hay marcha atrás. -Antonio ensombreció el semblante-. Puedes quedarte aquí si lo deseas hasta que vuelvan a trasladarme.

Ella alzó la vista con brusquedad.

-Ni lo sueñes. Sabía muy bien lo que hacía cuando me casé con un guardia civil; no te dejaré solo. Pero es duro, Antonio, tengo miedo, no hay nada más que ver las noticias, un atentado tras otro.

Tenía razón: tiempos difíciles y complicados, los "años de plomo" como ya los denominaban en la prensa, plomo asesino y cobarde, frío y calculador, el que estaba reventando las venas a guardias y policías y sembrando de llagas los corazones de viudas y huérfanos.

-Entonces, ¿te vienes?

-Claro que sí, ¿cómo has podido dudarlo?

Antonio tomó la mano de su esposa, la retuvo entre las suyas mirándola profundamente a los ojos y se la besó, una, dos, varias veces, firmando un pacto más sólido entre ellos que el que pronunció el cura el día de su matrimonio.

* * *

Resultó ser cierta la belleza de aquel pueblo, casas de piedra y cal, tejas grises y rojas, un cinturón verde de bosques y prados, un río cantarín y el toldo casi perpetuo de nubes que goteaban melancolía y un poso de tristeza. Y más allá de su estricto límite y segregado del núcleo urbano, el cuartel, un elemento extraño como un árbol en el desierto. Pero en lo que se equivocó Antonio fue en que no estaría mal, no al menos cuando él no se encontraba junto a ella, o cuando se acercaba a alguna de las tiendas para hacer la compra y la

observaban con el recelo de un musulmán que ve entrar en su mezquita a un rabino. “No digas que vives en cuartel”, le había advertido su marido, pero era igual, todo se sabía en un pueblo donde los rumores doblaban esquinas y atravesaban las rendijas de puertas y ventanas con facilidad de ectoplasmas. No todo el mundo era así, y había quien la trataba simplemente con normalidad y educación, algunos incluso con simpatía, como cualquier persona se merece, pero Elvira Torices no podía desasirse de la desabrida sensación de que portaba una estrella amarilla en un campo de concentración nazi. Aquel mediodía en que Antonio la encontró con los ojos húmedos ella no quiso decirle nada, pero ante su insistencia le contó lo del carnicero, aquel hombre huraño y enorme que parecía sentir deseos de lanzarle el cuchillo cuando cuarteaba la carne para otra cliente y después se negó a atenderla.

-A ese tipo le voy a decir unas cuantas cosas.

-Ni se te ocurra, no vayas a hacer ninguna tontería.

Y al final no hizo ninguna porque se le calmaron los humos tras el almuerzo y la leve siesta, pero a Antonio no se le olvidó la afrenta. A la mañana siguiente, cuando el coche patrulla atravesaba la arteria principal del pueblo, le dijo a su compañero que se detuviera al lado de la carnicería.

-Es sólo un momento.

Tras la cristalera distinguió a un par de mujeres y al hombre cuchillo en mano, propinando grandes golpes sobre la tabla. Fue al entrar cuando le sobrevino una oleada de recuerdos guardados en el cofre de la infancia. Su cráneo pelado y la barba le habrían impedido reconocerlo, pero aquellos ojos de lobo eran inconfundibles. Sin ser consciente, se le descolgó la mandíbula durante unos segundos.

-Mikel...

El carnicero mantuvo la mano en alto esgrimiendo el cuchillo de hoja ancha. Enfrente un uniforme verde y de por medio la tensión que se densificaba hasta convertirse en grumo de alquitrán.

-No le conozco, hago el favor de marcharse de mi tienda.

Iba a responderle: “Soy Antonio, ¿cómo es posible que no te acuerdes de mí?”, pero para qué; había demasiada furia en aquella mirada de lobo para que mereciera la pena gastar una sola palabra, ni siquiera reprocharle el menosprecio que tuvo con Elvira el día anterior. Se giró y desanduvo la escasa distancia hasta el vehículo oficial encajando todavía el golpe.

Aquella noche, arrebujado bajo las sábanas junto a su esposa, fue cuando la avalancha de recuerdos escapó de su memoria y se hizo palabra susurrada, y así ella supo que el carnicero fue su compañero de pupitre durante los dos años que su padre estuvo destinado en ese mismo pueblo, con el único que compartía juegos y cromos, el que con su mirada feroz ahuyentaba a los otros chicos que ya en aquellos incipientes años sesenta comenzaban a mostrar los dientes a todo lo que oliera a guardia civil o policía, el que le prometió que siempre lo defendería...

-¿Y no te ha reconocido?

-Ha tenido que hacerlo, yo no he cambiado tanto.

-¿Y entonces?

Él se encogió de hombros en la penumbra nocturna. En su interior, no obstante, se iba formando una respuesta, la única explicación plausible: el odio irracional, el que produce la metamorfosis en las personas y les pone una gasa en los ojos y cemento en el corazón, el odio que había observado en la mirada

de Mikel, y así, conforme le iba venciendo el sueño, se le fue pulverizando la imagen casi mística de una amistad forjada en la infancia y en las largas horas compartidas en un pupitre de colegio.

* * *

Para Elvira Torices los días y los meses fueron caracoles viscosos, conformando una suma aritmética de exasperante lentitud. Pero ya faltaba menos para que se cumpliera el plazo de estancia obligatoria en aquel pueblo de la geografía guipuzcoana donde desde el primer momento se sintió como una gota de aceite en el agua. Dos años, dos, que se le habían hecho eternos, que le habían ido arañando paulatinamente la alegría y magnificando la depresión, el “síndrome del País Vasco” había oído que le llamaban y que ella sentía en sus carnes como la mordedura de la lepra. Y a ello contribuían las noticias en la radio y la televisión, excepcional la semana en la que no caía un miembro de la Guardia Civil a manos del terrorismo cobarde y obscuro, sangre que regaba con insoportable dolor a los familiares, no sólo en el País Vasco, sino también en Madrid, Navarra, Cataluña y otros puntos del mapa nacional, gritos, llantos y desgarró, uniformes verdes teñidos de rojo, cuerpos desmadejados, los ojos estupefactos ante la muerte, imágenes que se le introducían a Elvira por las pupilas convirtiéndose en carcinoma. Apenas frecuentaba el pueblo, lo imprescindible, prefería hacer con Antonio un suministro general en San Sebastián una vez a la semana amparada en el anonimato de una gran ciudad, pero a veces no le quedaba más remedio, y temblaba cuando pasaba frente a la carnicería y descubría unos ojos de lobo tras los cristales, Mikel acechante y terrible, el que una vez fuera amigo de la infancia de su marido y que parecía haber sufrido los efectos del brebaje del doctor Jekyll para convertirse en *mister* Hyde, el mismo Mikel que su esposa y ella observaron introducirse en más de una ocasión en la *herriko* taberna de la calle principal tras cuyas ventanas se adivinaban, en blanco y negro y reverenciadas en la pared, las fotografías de los presos de ETA.

Faltaba un mes escaso para finalizar la estancia en tierra vasca cuando Antonio le volvió a hablar de Mikel. Su rostro se mostraba sombrío.

-Hace tiempo que se le viene haciendo un seguimiento; todo indica que guarda relación con la banda terrorista.

Elvira abrió desmesuradamente los ojos.

-¿Y qué vais a hacer? –dijo con voz trémula.

-Se ha montado un dispositivo especial para esta noche. Tenemos información de que se reunirá con algunos miembros de ETA en un caserío cercano. Algo están tramando.

Y ella le preguntó con la mirada si él también tenía que ir, pero encontró la respuesta que no deseaba, y luego quiso decirle que no fuera, que por favor se quedara en casa con ella esa noche, esa desoladora noche, pero no salió ni un solo ruego de su garganta por la sencilla razón de que era una petición imposible de conceder, guardia civil con todas sus consecuencias, impensable dar la espalda al sentido del deber y a su misión de proteger la sociedad. Se acercó hasta él, le acarició las mejillas con las manos y luego lo abrazó casi con desesperación, incrustando su cuerpo en el de Antonio.

Resultó imposible conciliar el sueño, la cama se le volvía arisca y las sábanas sacaban sus uñas para impedirle cualquier postura cómoda. El reloj

de la mesita interrumpía el silencio con su latido mecánico, incansable el giro de las agujas que marcaban una hora tras otra sin que Antonio regresara, y la desesperación y la angustia introduciéndose en el estómago como un berbiquí capaz de taladrarlo de lado a lado. Fue ya al alba cuando sonó el timbre de su vivienda en la casa cuartel, y entonces supo lo que iba a suceder, lo que en su mente se había configurado como una película visionada hasta la saciedad, y supo que tras la puerta se encontraría el rostro compungido de un compañero anunciando la tragedia, porque nadie llama a esas horas si no es heraldo de malas noticias. “A Antonio lo han matado”, le dijo el capitán. A ella no le dieron la segunda oportunidad, que le hubiesen anunciado al menos que estaba herido y aún pudiera susurrarle al oído cuánto lo quería y besarle hasta el infinito. Estaba muerto, y ella también, de dolor, sentía que el corazón se le agrietaba y que por él se le esfumaba la vida.

-¿Cómo ha sido? –repetía una y otra vez al capitán, como si con la respuesta pudiera poner remedio a lo imposible y obrar el milagro de resucitar a los muertos. Y allí mismo conoció los pormenores de la operación, cómo asaltaron el caserío y pudieron detener por sorpresa a los terroristas. Sólo hubo un disparo, el que ejecutó uno de los detenidos y cuya bala, girando con precisión asesina, fulminó a Antonio en el acto. A ella se le representó la imagen de unos ojos de lobo repletos de odio.

-¿Ha sido Mikel, el carnicero?

-No, él ni siquiera estaba allí –respondió el capitán-. Lo siento mucho, Elvira, ha sido una enorme pérdida.

De nada valen los pésames cuando la sangre se ha congelado en las venas y el corazón ha dejado de latir, de nada le sirvió el consuelo de los guardias y de sus mujeres que la acompañaron por turnos, y durante la visita al depósito de cadáveres, durante el velatorio y el entierro en el pueblo natal de Antonio, Elvira siguió respirando por la sencilla razón de que sus pulmones se acordaron por ella.

Solamente semanas más tarde, cuando tuvo fuerza suficiente para regresar con sus hermanos a la casa cuartel para embalar sus pertenencias, pareció recuperar la circulación sanguínea. Ocurrió al tomar entre sus manos el retrato de Antonio recién salido de la Academia. ¡Qué apuesto estaba con su uniforme!, ¡qué fulgor en su mirada, dispuesto a comerse el mundo! Y entonces recordó otras fotografías, las veneradas en el templo del oprobio. No le dijo nada a sus hermanos, ocupados con las cajas, salió con sigilo felino de la vivienda y no tuvo problema en franquear la puerta principal saludando al guardia de servicio, la creíble excusa de que tenía que acercarse un momento al pueblo, y así recorrió la escasa distancia que convertía en ínsula al cuartel, se introdujo por la calle principal hasta que se situó frente a la *herriko* taberna. Las sienas le iban a explotar de la brutal presión arterial, pero no se arredró, abrió la puerta con determinación y se adentró en aquel antro saturado de humo de tabaco e imágenes de asesinos. El silencio se hizo absoluto, y allí, Elvira Torices regurgitó la rabia y la pena acumuladas desde que mataron a su marido, se plantó en medio de un corro expectante y sacó de su chaqueta el retrato de su marido para que todos lo vieran.

-¡Ya está muerto! ¿Era eso lo que queráis? ¡Ya está muerto! ¡Miradlo, hijos de puta, miradlo bien, éste era mi marido! ¿Y ahora qué? ¿Qué habéis conseguido? Nada, sencillamente nada, sólo matarme a mí también.

Y ya se derrumbó y le flojearon las piernas, le surgió de lo más profundo un llanto desgarrador ante las miradas vacías de los que allí estaban, pero lo cierto fue que en aquella taberna nadie se atrevió a ponerle una mano encima, se hizo un silencio espeso de labios sellados y sobrevolaron algunas dudas, hasta que Elvira Torices, viuda de guardia civil, se dio la vuelta arrastrando los pies y con cristales hincados en el alma, dispuesta a abandonar aquel local y un pueblo al que jamás pensaba regresar.

EPÍLOGO

Han pasado treinta y cuatro años desde que mataron a Antonio pero, como cada día de difuntos, Elvira ha depositado un primoroso ramo de flores en su tumba porque lo lleva tatuado en el recuerdo, imposible olvidar al único hombre que ha amado. Luego, como siguiendo un ritual, ha marchado al viejo café de la plaza para revivir en soledad los momentos felices que vivieron juntos. De la taza emergen caprichosas volutas de humo que se enredan entre ellas y se elevan hasta el techo. Ella deposita la mirada en el ajetreo de la plaza que a esa hora de la mañana ya se encuentra bastante ambientada sin importar la fina lluvia que empapa el adoquinado. Sorbe sin prisas y sigue mirando a través de la ventana, sumergida en el entrañable túnel del tiempo, cuando sufre un sobresalto. No, no puede ser, le habrá jugado una mala pasada su viaje mental al pasado, pero no puede evitar que los latidos hayan iniciado una carrera alocada, y se confirma el terror cuando él se planta a su lado dentro del viejo café. Imposible olvidar esa mirada de lobo, esos ojos acerados que le hacen daño.

-¿Qué... qué hace aquí?

Suda, tiembla, todo su cuerpo es estertor.

-Necesito hablar con usted, déme un minuto, se lo ruego. –Ella niega con la cabeza, está a punto de gritar. La presencia de Mikel le inyecta miedo y asco en las venas-. No tuve nada que ver con la muerte de su marido y quiero explicárselo.

Elvira no sabe qué hacer, duda unos segundos, los suficientes para que él decida tomar asiento frente a ella sin solicitar más permiso. Está demacrado, las cuencas de los ojos hundidas y los labios reseca, y antes de que ella pueda protestar, Mikel se aferra a su única oportunidad de contar porque no le quedará otra.

-Yo nunca pertenecí a ETA.

-Está mintiendo –acierta a decir-, me lo contó Antonio.

-Si estoy aquí es por él, para honrar su memoria.

Elvira se indigna.

-¿Cómo se atreve a decirme eso?

-Porque es la verdad. Supongo que él le contaría la fuerte amistad que nos unió de niños. Yo llegué incluso a prometerle que lo protegería de los otros críos que disfrutaban incordiándole, ya sabe, un hijo de guardia civil en el País Vasco, un trago difícil para esos chavales. Protegerle, eso es lo que quise hacer desde el primer momento, no sólo a él, sino a otros muchos. Se estaba planeando un atentado contra la casa cuartel, ¿no lo sabía? –Elvira abrió la boca y negó con la cabeza-. Por eso se montó aquel dispositivo, para desarticular al comando que lo estaba preparando. La mala fortuna se cebó con Antonio, y esa pena la llevo aquí dentro desde entonces.

Elvira no da crédito a lo que oye, ¿de qué clase de estafa se trata?

-No entiendo nada –le dice.

-Yo era un topo de la Guardia Civil, tenía que interpretar mi papel a la perfección delante de los vecinos del pueblo y con los miembros de ETA, me jugaba la vida. ¿Sabe, señora? Después de aquello me descubrieron y he vivido oculto desde entonces con una identidad falsa.

¿Qué le pasaba a aquella mirada lobuna? Ya no era tan feroz.

-¿Y por qué me cuenta ahora esto, después de tantísimos años? ¿Por qué aparece arriesgándose a que lo descubran?

-Porque ya todo me da igual, el puto cáncer acabará conmigo en unos meses. Tenía que decírselo, eso es todo.

Mikel se levanta. Ni siquiera le da la mano porque no está seguro de ser correspondido, y desaparece con liviandad de espectro.

Elvira vuelve a mirar a través de los cristales. Ha olvidado por completo su café humeante y la vista se le enreda en la lluvia que ha arreciado, en la lluvia convertida en llanto de las nubes pincelando el día de difuntos de gris y tristeza, y se hace preguntas, por qué tanto dolor innecesario, por qué tanto odio, por qué tantas muertes injustas, por qué, por qué, por qué, pero no haya respuestas, sólo logra mimetizarse con la lluvia y comienza a llorar, lentamente, ese tipo de lágrimas que también se derraman por dentro oxidando el corazón.